

bradas seguridades en pro de la libertad de comercio y de tráfico.

El maestre consagró toda su actividad á fomentar el bienestar material del país, que entonces floreció como no había florecido antes ni volvió á florecer jamás; pero no pudo des-

truir las causas internas de la próxima ruina, á saber: el sensualismo y el egoísmo, así de los particulares como de los estados. El porvenir definitivo de Livonia dependía de los Estados vecinos, de cuyos ataques Plettenberg procuraba con gran cuidado defenderse; pero si los livonios no llega-



Sellos de las ciudades de Wenden y Pernau (tamaño del original).

Wenden: en el campo una muralla almenada con sus torres, sobre las cuales anda un hombre armado de un escudo redondo y con la espada en alto. Inscripción: SIGILLVM CIVITATIS DE WENDA. — Pernau: en el campo un brazo extendido sosteniendo una cruz y al lado una llave. Inscripción: SECRETVM CIVIVM DE PERONA.

ban á la union, que siempre se había esforzado el maestre por conseguir, indefectiblemente habían de acabar por sucumbir ante la rapacidad de sus vecinos. Polonia ó Rusia, tal era la cuestion del porvenir.

Entregado á tales cuidados, falleció el maestre en Wenden, en 28 de febrero de 1535, despues de cuarenta y un años de gobierno, «en buena edad — así dice la fuente de

donde hemos sacado nuestros datos, — sentado en una silla y teniendo ceñida la espada.» Fué enterrado en Wenden, donde se conserva todavía la losa que tapa su sepultura. Su estatua de bronce, que existe en la *Walhalla* de Ratisbona, demuestra que la nacion alemana venera en Plettenberg á uno de los hombres que sirvieron de fundamento á la fama del nombre aleman.

## IVAN EL TERRIBLE Y SU ÉPOCA

### CAPITULO PRIMERO

#### ELENA GLINSKI Y EL PERIODO DE LA DOMINACION DE LOS BOYARDOS

La sociedad rusa tal como se había desarrollado hasta tener un sistema político propio, basándose siempre en los fundamentos antiguos eslavos y guiada por su ortodoxia bizantina, bajo el yugo de los tártaros algunas veces, y otras luchando con esta opresion, tenía su centro en la enérgica é inteligente dinastía de aquellos grandes duques de Moscou que desde los tiempos de Ivan Kalita había sabido identificarse con la idea de Estado de los rusos. La union del imperio alrededor de Moscou había traído como consecuencia necesaria una guerra de destruccion contra todos los poderes particulares: los príncipes parciales y las ciudades libres habían sucumbido ante Moscou y en todo el vasto imperio no había una sola voluntad que pudiera oponerse á la del omnipotente gran duque. Con mucha mas razon podía decirse esto en tiempo de Vassili, quien, aunque no tan violento como Ivan III, no había soltado de su mano ninguno de los hilos por medio de los cuales su padre había dirigido los destinos de su pueblo con tan invencible tenacidad como desconsiderada energía.

La idea del poder absoluto del gran duque había llegado á ser dogma del pueblo, que había permanecido tan aferrado á él como á la herencia religiosa que creía haber recibido de sus mayores. Este pensamiento religioso de tal modo se fundió con la idea monárquica, que á los ojos de los contemporáneos los dos eran una misma cosa: el que se levantaba contra el gran duque se hacía culpable de un crimen religioso y, viceversa, el que se apartaba de los antiguos preceptos religiosos delinquía contra la majestad del soberano. Esto que pasaba entonces acontece aun ahora, por mas que en el transcurso de los siglos se haya querido disimularlo; el reconocimiento de este hecho es una condicion previa para comprender bien la historia de Rusia.

La Rusia moscovita por consiguiente imprimió á sus guerras el carácter de guerras religiosas, ya que la conciencia popular apenas hacía distincion entre los mahometano-tártaros y los Estados cristianos de Occidente. Si á los unos se les denominaba impuros (*pogannyje*), los católicos y despues los protestantes eran á los ojos del pueblo anti cristianos (*ne-christy*); así es que los rusos, luchando contra la católica Polonia y contra la Livonia, creían cumplir un deber cristiano tanto como guerreando contra los tártaros. Unos y otros significaban lo contrario de lo que en la patria se veneraba y unos y otros eran, por lo mismo, igualmente despreciables y la confesion cristiana disidente mas odiosa, quizás, que el paganismo y el islamismo.

Ambos fundamentos del concepto que del mundo se te-

RUSIA, POLONIA Y LIVONIA

nian formado los rusos fueron puestos á prueba de dentro á fuera y de fuera á dentro desde la segunda mitad del siglo décimosexto. A la muerte de Wassili, el poder mayor de la tierra pasó á manos de aquel niño que fué con el tiempo Ivan el Terrible y que abusó de su poderosa situacion como ningun soberano había hasta entonces abusado; pero las naciones extranjeras heterodoxas, despues de haber fracasado en sangrientas guerras la tentativa hecha por Rusia para asimilárselas, penetraron á su vez en són de conquista en los territorios rusos con el propósito de ejercer en ellos una soberanía política y religiosa duradera. El capricho de los boyardos rusos pudo durante algun tiempo celebrar sus orgías contrarias al ilimitado poder del gran duque, mas cuando aquel sistema fué ahogado en sangre y cuando la misma dinastía dominante sucumbió al peso de sus propias culpas, estalló una nueva crisis, de resultas de la cual parecía que Rusia iba á ser botín de las potencias extranjeras. El eslavismo polaco se levantó contra los magnates rusos, y el catolicismo llevado por la idea de la contra-reforma alzóse contra la Iglesia ruso griega, llegando hasta el punto de sentar temporalmente sus reales en el mismo Kremlin de Moscou; pero el levantamiento popular, en el cual se dibujó enérgicamente el carácter monárquico nacional, rompió completamente esta tendencia, y con la dinastía de Romanoff resucitó en 1613 la antigua Rusia.

Y sin embargo, ¡cuánto cambiaron las cosas desde el siglo decimoséptimo! Un mundo de ideas extranjeras procedente del Oeste había penetrado como levadura en aquel poderoso Estado ruso-oriental, y aunque tales ideas no fueron por él adoptadas ni absorbidas, marcharon paralelamente á él siendo objeto de desconfianza para el pueblo y de odio para el clero y profesadas por los pocos que comprendían su importancia como instrumento, en definitiva utilizable, para aquellos fines que debían servir á la idea fundamental que los rusos tenían formada del Estado y del mundo.

Es conveniente anticipar estos puntos de vista histórico-generales cuando se quiere estudiar el período de Ivan IV tan abundante en alternativas y en cambios sorprendentes. La segunda mitad del siglo décimosexto significa una crisis aguda para la Europa oriental: los tres Estados que son objeto de nuestro estudio, Rusia, Polonia y Livonia, fueron arrastrados á ella; y aunque los hilos de su historia estuvieron constantemente entrelazados, de sus males participó tambien la Europa de Occidente. Desde los tiempos de Ivan el Terrible fué Rusia un factor esencial en la política europea.

Ya hemos visto que el gran duque Wassili, cuando le sorprendió la muerte en 3 de diciembre de 1533, había tenido antes de morir tiempo suficiente para arreglar los asuntos de su familia y de su Estado. De sus dos hijos, menores de edad todavía, Ivan, que era el mayor y que solo contaba tres años, debía heredar el imperio y la corona, pero bajo la tu-

tela de su madre, aquella Elena Glinski que á pesar de su manifiesta infidelidad conyugal habia sabido apoderarse por completo de la voluntad de su anciano esposo (1).

Ninguna mujer habia reinado en Rusia desde los legendarios tiempos de Santa Olga y aun cuando segun las disposiciones de la *Russkaja prawda*, correspondia á la viuda la tutela de sus hijos menores de edad, era mal vista una mujer al frente de un imperio en el cual no se tenia por digna á la que trocaba por la publicidad las sombras del hogar doméstico. A la misma griega Sofia que llevó á Moscou los esplendores de la corona imperial bizantina, no se le perdonó nunca el haber abierto paso á las costumbres mas libres de Occidente y á la influencia femenil en las cuestiones políticas y por esto fué odiada hasta despues de su muerte. ¡Cuánto mayor no debia ser, pues, la antipatía contra la que, si bien profesaba la ortodoxia rusa, era una extranjera tártara polonizada que debia su importancia á un traidor indultado y á un matrimonio cuya legitimidad era muy discutida y en el cual la fidelidad de la mujer aparecia mas que sospechosa!

Pero no habia en Rusia nadie que se atreviera á ponerse abiertamente enfrente de ella. Los dos hermanos del gran duque difunto, á consecuencia de la política de Wassili no tenian mas importancia que la de simples boyardos y no disponian de recursos propios; los príncipes parciales habian desaparecido y el círculo de los boyardos, acostumbrados á obedecer, carecia de voluntad y respetaba la de su difunto soberano. No se levantó, pues, protesta alguna, pudiendo Elena Glinski encargarse del gobierno sin el menor obstáculo auxiliada por un consejo de boyardos en el cual desempeñaba importante papel su tío Miguel Glinski. «Príncipe Miguel — habíale dicho el gran duque moribundo — tienes el deber de derramar tu sangre y de dejar hacer pedazos tu cuerpo por mi hijo, el gran duque, y por mi gran duquesa Elena,» con cuyas frases indicaba la confianza que tenia en la lealtad del pariente mas próximo de su esposa. Pero el factor con quien no habia contado Wassili era el amante de la regente, el príncipe Ivan Telepneff Obolensky, cuya familia procedia de Miguel el Santo de Chernigoff, descendiente directo de Rurik. Ivan Telepneff, dominado por la ambicion y dotado de gran energia, creyó que Elena no necesitaba de mas consejero que él y ya desde los primeros dias de la regencia dió pruebas de su violencia y de su suspicacia. Habiendo corrido la voz de que el cuñado de Elena, Juri Ivanowitz, habia intentado atraerse á Andrej Schuisky, uno de los mas ilustres boyardos, le hizo prender en union de todos sus boyardos y encerrar en la cárcel, donde, á los dos años y medio, pereció de hambre (2).

Con este suceso se relaciona quizás el hecho de haber sido la segunda víctima durante el verano de 1534 el príncipe Miguel Glinski, que, á lo que parece, censuró á su sobrina por sus repugnantes relaciones con Obolensky, sirviendo de pretexto á su desgracia la acusacion de que, junto con Miguel Semonowitz Voronzoff, queria apoderarse del gobierno, es decir, de la direccion de los asuntos del reino en el consejo de los boyardos. Entre el pueblo, sin embargo, circuló el rumor de que habia envenenado al difunto gran duque. Ignoramos cuál fué el fin de Glinski, sabiéndose tan solo que murió en la cárcel. Algunos, como Tatischeff, pretenden que primero fué cegado y luego martirizado hasta que mu-

(1) Refiere Herberstein que Wassili por darle gusto se habia afeitado la barba, *quod unquam ab aliquo principe factum*. Prueba de amor tal era inaudita en el modo de ser de los moscovitas.

(2) No es posible afirmar hasta qué punto eran justificadas las sospechas contra Juri puesto que no hay documentos que de ello traten y las crónicas, respecto de las cuales hay que tener en cuenta que eran hostiles á la regente, se contradicen unas á otras.

rió, pero hoy dia no se puede saber hasta qué punto es cierta esta sospecha (3).

Consecuencia del terror que tales violencias infundieron fueron la huida de dos magnates ilustres á Lituania y un número considerable de prisiones, ya que la regente y su favorito creían que no estarian seguros hasta haber inutilizado al segundo hermano del difunto gran duque. La desconfianza de Elena se dejó sentir en seguida en el hecho de haberse negado á entregar al príncipe Andrej las ciudades que Wassili le habia legado en su testamento, procurando pagarle con algunos preciosos regalos y haciéndole firmar, aun en vida de Juri, un documento que le inutilizaba por completo (4). En él se obligaba el príncipe bajo juramento no solo á no tener ningun secreto para el gran duque y á comunicarle cuanto llegara á sus oídos que pudiera perjudicar á éste y á la regente, sino que además hubo de prometer expresamente no tomar á su servicio á ningun príncipe, boyardo ni hombre libre.

Este compromiso era verdaderamente inusitado y esta es la primera vez que encontramos una promesa de tal índole. Tambien fué cosa fuera de toda costumbre volver á tomar juramento á toda la poblacion de Nowgorod, incluso el gobernador. En ninguna parte de Rusia existia, como allí, terreno abonado para una resistencia contra el régimen de Moscou, viéndose al fin obligado Andrej á buscar un apoyo en esta supuesta independencia de los nowgorodes. Las habladurías é intrigas de personas oficiosas agriaron el antagonismo que entre él y Elena existia, y muy pronto se hizo público el único medio que le quedaba para librarse de la suerte de su hermano mayor. Díjose, en efecto, que queria huir, y las discusiones que sobre este particular tuvo con la regente acabaron de convencerle de que solo en la fuga podia encontrar su salvacion. Por esta razon Andrej Ivanowitz huyó con sus partidarios á Nowgorod el 2 de mayo de 1537, y dió una proclama excitando á una rebelion abierta contra Elena: «El gran duque es jóven, los boyardos gobiernan. ¿A quién debeis servir? Corred á mí para servirme y con placer me mostraré bondadoso con vosotros.»

Extraño parece que muchos hijos de boyardos y muchos grandes propietarios abrazaran la causa del príncipe rebelde y partidario sincero de Nowgorod; pero ni la ciudad ni su gobernador quisieron mezclarse en peligrosas aventuras, pues en lo que alcanzaba la memoria no se recordaba que ninguna rebelion contra el gran duque legítimo se hubiese visto coronada por el éxito. Así es que Andrej encontró cerradas las puertas de Nowgorod, y al gobernador y á la poblacion ocupados en aumentar á toda prisa sus fortificaciones.

Aquella sublevacion tan mal preparada fracasó con extraordinaria rapidez. Cuando Telepneff Obolensky, al frente del ejército moscovita, le dió caza, Andrej se mostró impotente para oponer una resistencia energética, y sin intentar la lucha se consideró perdido. Dióse por muy contento cuando Obolensky le garantizó bajo juramento su seguridad personal y no pidió siquiera gracia y perdon para los que á él se

(3) Herberstein dice simplemente: *infelix moritur*.

(4) Coleccion de documentos de Estado, I, 163, con la fecha falsa de 1537, que luego han reproducido todas las descripciones. Que el documento fué firmado muy poco despues de muerto Wassili, lo demuestra el siguiente párrafo: «Todo cuanto malo oiga, sea quien fuere el que lo diga, aunque sea mi propio hermano ó tus boyardos, etc., te lo diré, gran duque Ivan.» Juri, pues, no solo debia vivir entonces todavía, sino encontrarse en condiciones que le permitieran tener trato con su hermano. Ahora bien, Juri fué reducido á prision en 11 de diciembre de 1533 y falleció en 3 de agosto de 1536. Es muy probable que diera ocasion á este documento el encarcelamiento de Juri, que, como hemos visto, se fundaba en la supuesta intencion de éste de atraerse á Schuisky.

habian unido. El inaccesible padre y el severo hermano habian extinguido en él, hacia tiempo, toda huella de firmeza de voluntad. La nocion del honor que en análogas circunstancias estamos acostumbrados á encontrar en Occidente, no podia encontrarse entonces en aquel territorio.

Indigno y desconcertado fué conducido Andrej á Moscou como cogido en una trampa. Dada la moral de aquella época, no era casi necesario que Elena representara la comedia de aparentar que se encolerizaba con Obolensky por haber quebrantado sus mandatos. Andrej y sus partidarios fueron presos; sus boyardos y sus servidores perecieron en el tormento, y él fué encerrado en una cárcel y asesinado seis meses despues. En el camino de Nowgorod fueron cogidos los cadáveres de treinta hijos de boyardos que habian sido bastante locos para acudir al llamamiento del débil príncipe.

La conducta seguida por Elena se atenúa por la consideracion de que de esta suerte quedaban fuera de combate los últimos adversarios que pudieran alzarse contra ella y contra su hijo. Fuera de esto, no se mostró cruel y por la energia con que descargó sus golpes supo infundir terror y hacerse obedecer. En cuanto al exterior continuó con tanto vigor como habilidad la política de Wassili.

Esto se vió mas especialmente en las relaciones con Polonia. El rey Segismundo, recordando los últimos reveses sufridos, habia mantenido la paz mientras vivió Wassili, pero á la muerte de éste formuló algunas pretensiones que se remontaban á los dias de Casimiro y que no correspondian ya al poderío real de ambos Estados. Tendian estas exigencias á obtener la restitucion de todas las conquistas realizadas por Ivan y por Wassili; y era natural que sobre este punto estallara el rompimiento. No entraremos en pormenores sobre la guerra que se encendió y cuyo curso fué el mismo que encontramos en todas las cuestiones ruso-lituanas. Los aliados tártaros de Segismundo quedaron debilitados por las disensiones intestinas que con habilidad suma fueron explotadas desde Moscou y las tropas lituanas perdieron en el último momento todo lo que con sus primeros éxitos habian ganado, no quedándoles en definitiva mas recurso que buscar una inteligencia con Moscou. Despues de largas negociaciones, el dia de la Anunciacion de María de 1537 se firmó un armisticio por cinco años, en el cual, como de costumbre, no quedaron honrosamente zanjadas todas las cuestiones pendientes, sino que, por el contrario, cada parte se atuvo á sus pretensiones, decidida á sacarlas adelante á la primera ocasion.

A la horda de Crimea se la tuvo por algun tiempo en jaque gracias á la guerra civil que estalló entre Saip é Islam Girei y en la cual Rusia se puso de parte de éste. Pero habiendo sido vencido Islam antes de que terminara el armisticio con Lituania y habiendo quedado, por tanto, Saip en completa libertad de accion, surgió un nuevo peligro, pues Saip creyó llegado el momento oportuno de reunir á todos los países tártaros formando con ellos un solo Estado. Lo primero en que fijó su atencion fué Kasan, respecto del cual puso Moscou en juego como pretendiente al viejo Schig-Alei en frente de Safa Girei, que habia conseguido escalar el trono por medio de una revolucion sangrienta. Elena no vaciló en aprovechar aquel cambio de relaciones y para evitar toda union de Kasan con Crimea abandonó á su candidato, y olvidando las humillaciones y los perjuicios que Safa-Girei le habia hecho sufrir, firmó la paz con él y evitó que estallara el incendio que amenazaba por el Este y por el Sur. Tambien fueron prorogados los armisticios con Livonia y con Suecia, bien que respecto de estas potencias, lo mismo que respecto de Lituania, la política moscovita mantenía sus pre-

tensiones y no hacia mas que aplazar el momento de hacerlas prevalecer.

La esperanza que los vecinos de Rusia y la ambicion de los magnates habian cifrado en un gobierno dirigido por una mujer quedaron, pues, desvanecidas. No solamente no se hizo ninguna concesion al extranjero, sino que se construyó una série de fortificaciones como punto de defensa contra ulteriores ataques. Durante la guerra lituana construyéronse las fortalezas fronterizas de Sebes y de Welisch, cuya importancia se reconoció en las guerras sucesivas. En el interior creáronse varias ciudades nuevas y se mejoraron algunas de las existentes, fortificándose una parte de Moscou, la llamada Kitaigorod, con murallas y torres, segun el plan ya concebido por Wassili. Wladimir, Jaroslaw y Twer, que habian sido destruidas por los incendios que periódicamente suelen asolar á las ciudades orientales, fueron reconstruidas; Ustjuk y una parte de Nowgorod amuralladas y Mokschan, Buigorot, Balachna y Pronsk edificadas. No menos activa se mostró la regente en las cuestiones de colonizacion. Los inmigrantes llevados á Rusia desde Lituania tenian la importancia de un elemento de cultura. Elena arrancó á una porcion de prisioneros de la servidumbre tártara, dándoles libertad, y prestó grandes servicios en el arreglo del sistema monetario, que se hallaba en el mayor desbarajuste. En lo sucesivo con una libra de plata se fabricaron seis rublos y se persiguió muy severamente á los monederos falsos.

A pesar de la insuficiencia de las fuentes de donde tomamos nuestros datos, despréndese de ellos que no puede decirse que el gobierno de Elena fuese un mal gobierno: odiábase el hecho de la soberanía puesta en manos de una mujer, pero no el modo como ésta la ejercía. Cuando se tiene en cuenta, sobre todo, el desenvolvimiento de los posteriores sucesos en los períodos inmediatos, puede considerarse como una desdicha la inesperada muerte de la regente, acaecida en 3 de abril de 1538. El rumor que circuló fuera de Rusia de haber sido Elena envenenada, no solo carece de fundamento positivo sino que además es inverosímil. Desde hacia mucho tiempo habíase acostumbrado los moscovitas á considerar el gobierno aun el mas antipático como decreto de Dios: el pueblo obedecía á aquel en cuyas manos estaba el poder. Por otra parte ninguna de las fuentes rusas á que hemos acudido habla del supuesto envenenamiento, cuya noticia debemos á Herberstein, y además puede considerarse como dato concluyente el de que entre las quejas que formuló Ivan contra las injusticias cometidas con él y con su familia por los boyardos, no se menciona para nada la muerte de su madre.

El cambio ocurrido al fallecimiento de la regente no modificó el sistema de gobierno dominante ni los tradicionales principios de la política moscovita: entonces como antes la direccion de los asuntos del reino continuó confiada al consejo de los boyardos. El gobierno personal de Elena habíase manifestado en la influencia preponderante concedida á uno de los boyardos del consejo, á su favorito Obolensky, quedando relegados al segundo término, sino de derecho, de hecho, los demás consejeros. Aquellos supremos veinte continuaron despues de la muerte de la regente encargados del gobierno sin oposicion por parte de nadie; pero como Obolensky no tenia el menor deseo de descender de la elevada posicion que se habia conquistado, estalló en el seno de la Duma una lucha sobre quién debia hacerse cargo de la direccion. El antiguo favorito creía tener asegurada su situacion por la circunstancia de ser su hermana Agrafena aya del gran duque, que á la sazón contaba siete años.

Sus ilusiones, sin embargo, solo duraron siete dias. Entre los miembros del consejo del gran duque figuraban los